

Ética y convivencia:

# Un llamado al acuerdo humanitario

Por Alejandro Angulo. Director del Cinep  
[alejandroangulo@cinep.org.co](mailto:alejandroangulo@cinep.org.co)

**O**nce diputados secuestrados es un paso más en contravía del derecho internacional humanitario: indica el rechazo a conducir la insurgencia hacia las metas civilizadas que pretenden que se le reconozcan como legitimación. Por un lado reclaman el reconocimiento político general que algunos han otorgado, en ocasiones, a una lucha armada contra la injusticia suma, mientras por el otro se niegan esa posibilidad al inflingir lesiones graves y deliberadas a los sentimientos humanitarios universales. Es, por tanto, un desfalco ético que no dejaría prever nada bueno en el caso de un eventual acceso al poder de quienes conducen semejante lucha inmoral. En el caso colombiano, y en particular en la insurgencia de las FARC, el secuestro ha sido una constante que conlleva un alto costo político y un precio ético mucho más costoso aún. Perder en política es parte del juego, perder en humanidad es retirarse del estadio.

La humanización es la única dirección posible para el proceso de la vida humana. Cualquier otra dirección, es bestializar, o sea, regresar al punto de la evolución de la vida en que no existen los seres humanos. Por tal motivo, humanizar la guerra, además de una conquista de la razón civilizada, es el esfuerzo último para evitar la aniquilación de la especie. De ahí el valor incontrovertible del acuerdo humanitario y la perversión de convertirlo en objeto de politiquería.

Insistir en que la injusticia absoluta de la masacre puede generar algún tipo de justicia es una contradicción en los términos, o lo que es lo mismo, una necesidad. Porque de ahí se desprende, en buena lógica, que el secuestro y el asesinato de los inocentes es una forma de lucha, y que todas las formas de lucha son válidas: dos necesidades mayúsculas dado que la primera conlleva la pérdida de la vergüenza que castiga al inocente porque no es capaz de agarrar al culpable, y la segunda denota carencia del discernimiento propio de la razón. Vergüenza y discernimiento son dos atributos constitutivos de la humanidad.

Esta necesidad, que incapacita para percibir el sentido moral hasta llegar al empleo del "exterminio sistemático" de grupos humanos, es propia de nuestra época, como lo sugiere, de forma convincente, N. Bilbeny en su incisiva monografía sobre *El Idiota Moral*. Una idiotez prolijada por el talante totalitario que banaliza el mal, y puede, por lo tanto aniquilar pueblos enteros en aras de cualquier pretexto político de moda. Para Hitler fue el nazismo. Para Mussolini el facismo. Para Stalin el comunismo. Ninguno de ellos narra una historia edificante. Todos demuestran una patología de la mente, una esquizofrenia práctica, con frecuencia coronada por una paranoia suicida. Si miramos en torno esta patología no solo no ha disminuido sino que ha perfeccionado las técnicas exterminadoras. Personalidades y grupos rotos

en su humanidad profunda, incapaces de percibir la inmoralidad de la aniquilación de otros seres humanos como medio para obtener fines políticos, económicos, religiosos... La negación de la dignidad ajena que supone haber renunciado a la propia.

El caso colombiano, desde luego, no sufre la comparación con los "exterminios sistemáticos" totalitarios ni en su realidad numérica, ni en sus posibilidades como tendencia. Para lograr niveles de abuso comparables a los de los dictadores europeos se requiere un enorme poder absoluto en la práctica, lo cual ni los paramilitares, ni mucho menos los guerrilleros, han logrado entre nosotros. Pero los síntomas de aguda crisis ética, en vía de completa idiotez moral, sí aparecen en las masacres no sistemáticas perpetradas por las guerrillas, de las cuales la de los diputados no es la primera. Y se advierten mucho más en las masacres de los paramilitares, que tienen bastante de sistemáticas y que se recuestan en el poder político real, abriéndole serios boquetes en su legitimidad.

**Tachar de antipatriota la labor de los defensores de los derechos humanos equivale a proponer una 'patria' edificada sobre otros principios fundadores distintos del derecho.**

Detener esa peligrosa carrera hacia la pérdida total del sentido ético es algo que se han propuesto los defensores de los derechos humanos. Por tal motivo, hostigar dicha labor de defensa de la humanidad es una estrategia políticamente suicida. Tachar de antipatriota la labor de los defensores de los derechos humanos equivale a proponer una 'patria' edificada sobre otros principios fundadores distintos del derecho. Y este es un camino peligroso hacia volver absoluta la necesidad.

Con todo, no basta la sola racionalidad jurídica para garantizar esa defensa, porque la ética supone también el sentido humano que conlleva una aceptación profunda del deber de ligarse con los otros, con la comunidad y con la especie humana. Esa es la fuente genuina de la responsabilidad social que no puede ser impuesta por ley, y que apuesta sobre la vida y nunca sobre la muerte. Sin esa responsabilidad, que solo surge sobre un cimiento interior profundo, no hay pacto social que tenga ni, por consiguiente, tampoco hay derecho que valga. De aquí el que nos sobren leyes pero nos falte estado de derecho.

El desenlace del secuestro de los diputados caleños es un caso tipo del crecimiento de nuestra necesidad, o lo que es lo mismo, de nuestro descuido de la moral. Y digo nuestro no para insinuar que todos, luego ninguno, sino para señalar que la ética, junto con su fuente interior, tiene también un origen exterior en la cultura, las creencias y las normas de la comunidad. Así como los regímenes dictatoriales europeos no surgieron de la nada, tampoco nuestros guerrilleros, ni nuestros paramilitares aparecieron por generación espontánea. El hecho de que la legitimación y la legitimidad hayan cojeado por siglos en Colombia tiene que hacer pensar a todo el sistema social una forma operativa de convivir que busque el bienestar de todos los colombianos. Todavía no la hemos encontrado.